



Encuentro racionalidad en la actitud presidencial. López Obrador estira la liga a la izquierda para retrasar el inevitable corrimiento de Sheinbaum hacia el centro.



**CARLOS
PÉREZ RICART**
@perezricart

AMLO radical

A semanas de soltar el timón, el Presidente muestra su cara más radical. Se atreve a lo que antes rehuía. Lo que ayer mandataba contención, hoy es motivo de impetuoso vendaval.

En ningún aspecto se refleja tanto la radicalización presidencial como en la decisión de apresurar la reforma judicial. Ante los intentos de Sheinbaum por suavizar, el Presidente metió tercera y, de inmediato, cuarta. Frente al convite a la medida, López Obrador aceleró la narrativa de la transformación.

Las reformas enunciadas el 5 de febrero pretendían ser dos cosas: gasolina electoral y hoja de ruta, el horizonte político que habría de buscar el obradorismo en el lejano futuro. La tierra prometida. La otrora correlación de fuerzas en el Legislativo lo hacía imposible de materializar. Ese obstáculo –por entonces insuperable– había inyectado a las reformas una buena dosis de furia, la que admiten los planes que se saben imposibles. Hasta que dejan de serlo.

El remolino electoral del 2 de junio

convirtió el sueño en realidad, el horizonte en plan de gobierno. Lejos de recular, el Presidente acarició la oportunidad. La ventana de septiembre abrió paso al momento radical.

¿Qué explica la radicalización del Presidente? ¿Por qué lo hace? ¿Qué busca?

No veo, como sugieren algunos, un embate personal contra Norma Piña. Tampoco es venganza contra el ecosistema que ralentizó sus obras clave con artilugios legales. La explicación psicológica subestima (ya deberían haberlo aprendido) las razones del Presidente para hacer política.

Corre en los medios otra explicación, igualmente deficiente: la radicalización de López Obrador es espejo de su irresponsabilidad. Conforme a esta hipótesis, López Obrador disfruta la fiesta hasta la madrugada, pero renegará de lavar los trastes al día siguiente. No lo veo así: el Presidente entiende que en el éxito del gobierno de Sheinbaum cabalga su propio legado.

No, nada de eso. A diferencia de los

críticos más exacerbados, encuentro racionalidad en la actitud presidencial. El momento radical tiene un fundamento ecuánime: López Obrador estira la liga a la izquierda, para retrasar el inevitable corrimiento de Sheinbaum hacia el centro. Sabe que sucederá, pero está todavía en él definir los grados y los tiempos. Esa es su apuesta.

La analogía histórica es obligada. Según la monografía oficial, Lázaro Cárdenas gobernó el país entre diciembre de 1934 y noviembre de 1940. Sin embargo, los historiadores saben la verdad: el gobierno del General terminó, en los hechos, el 18 de marzo de 1938. Fue entonces cuando puso punto final a su propio momento radical con su gran acto: la expropiación petrolera. Después, la guerra europea y el complejo contexto nacional lo llevaron a batirse en retirada. Empezó el corrimiento hacia el centro. La preferencia por Ávila Camacho fue el punto final de ese proceso, no su génesis.

Aunque López Obrador no desconoce méritos en Ávila Camacho, es el primero en reconocer que fue en su Presi-



dencia cuando “empezó a abandonarse el auténtico ideal revolucionario y las acciones en beneficio del pueblo”. Fue en el *avilacamachismo* cuando “se instauró la paz de las componendas y de la corrupción” (Discurso del 18 de marzo de 2023, Zócalo de la Ciudad de México).

Esto ocurrió no porque Ávila Camacho fuera deshonesto (por el contrario) o falto de patriotismo (que le sobraba), sino porque Cárdenas no estiró la liga lo suficiente al final de su mandato. Zigzagueó.

López Obrador no quiere repetir la historia (su visión de ella). Entiende que la contención final del General no solo puso fin a las posibilidades de Múgica; también llevó a la moderación de su sucesor y, con ello, al anticipado final de la Revolución mexicana.

No es desconfianza a Sheinbaum lo que lo mueve, sino la conciencia de lo inevitable. El corrimiento hacia el centro es inexorable, tanto como lo es la oscilación gravitatoria de cualquier péndulo. La ventana de septiembre ofrece la posibilidad de subir los costos de salida a quienes hoy acompañan el proyecto presidencial, pero mañana tendrán razones de sobra para matizarlo (y pasado mañana para aborrecerlo). Ricardos Monreales en la política hay muchos.

En la mirada presidencial, los costos financieros u operativos de la radicalización son menores frente al proyecto de transformación que hay en el horizonte. En su lectura, apretar las tuercas hoy es una forma de dificultar el zigzagueo futuro.